

Sánchez García, Francisco José (2018)
Eufemismos del discurso político. Las claves lingüísticas del arte del disimulo

MADRID
VISOR LIBROS
ISBN: 978-84-9895-663-4
208 PÁGS.

El eufemismo ha cobrado mucha importancia a la hora de convertirse en una herramienta para maquillar la realidad. Los líderes políticos lo usan, entre otros fines, como una forma de trasladar a la ciudadanía una imagen idealizada de sus partidos o de ellos mismos. Aunque los ciudadanos son cada vez más conscientes de las artimañas que albergan ciertos mensajes políticos, cabe preguntarse “¿Cómo funcionan los eufemismos en el discurso político? ¿Por qué se utilizan y en qué situaciones? Y, sobre todo, ¿hasta qué punto son eficaces como estrategia al servicio de la persuasión?”.

Precisamente, José Francisco Sánchez García construye *Eufemismos del discurso político. Las claves lingüísticas del arte del disimulo* en torno a estas preguntas. El autor describe los pormenores lingüísticos de los mecanismos de interdicción política desde una perspectiva pragmática y partiendo de un glosario de ejemplos fundamentado en las declaraciones de líderes políticos desde el comienzo de la crisis económica de 2009 y especialmente a partir del 15-M.

En la introducción, Sánchez advierte que nos encontramos en la “era de la posverdad” y de los “hechos alternativos”. Tanto la política como la prensa se han convertido en ámbitos donde se modela el discurso a imagen de una ideología hasta, en palabras del propio autor, “tensionar los márgenes del lenguaje”. También destaca el término “infoxicación” o saturación informativa, donde la supuesta libertad para elegir no es más que un espejismo y determinar qué es verdadero y qué es falso resulta cada vez más complejo.

En este contexto, el eufemismo se convierte en un mecanismo para enmascarar o distorsionar los hechos. El autor ya ofrece en esta introducción algunos ejemplos, como “flexibilización del mercado laboral” (para referirse al abaratamiento del despido), “afloramiento de contribuyentes” (en lugar de decir amnistía fiscal para grandes defraudadores) o “recargo temporal de solidaridad” (para evitar las temidas palabras “subida de impuestos”). Estas maniobras de manipulación basadas en la interdicción lingüística son clave a la hora de amortiguar los discursos u omitir determinados temas que deterioran la imagen del emisor y su grupo. No cabe duda de la importancia de fijarnos en este tipo de discurso, tanto en sus manifestaciones directas como en las indirectas.

Sánchez también habla en esta introducción del corpus mencionado previamente. Dadas las circunstancias sociales y económicas de este periodo (especialmente a partir del 15-M), los políticos se vieron obligados a cuidar extremadamente los discursos empleados en medios de comunicación. Por

una parte, los nuevos partidos (Podemos y Ciudadanos) buscaron diferenciarse a través del lenguaje, mientras que los partidos clásicos (PSOE y PP) se vieron obligados a modificar sus formas y estrategias de comunicación para evitar ser etiquetados como “viejos”. El autor señala, como hipótesis de la que parte, que el eufemismo político se intensifica en tiempos de crisis o tensión socioeconómica, pues los partidos se ven abocados a elaborar un relato para explicar a los ciudadanos las medidas impopulares o las malas noticias; y, como se ha generado una visión mucho más crítica hacia el mensaje que expresan los líderes, el eufemismo ha perdido eficacia y “esperanza de vida útil”, y se ha generado un contexto de mayor rapidez y cambio, donde ciertos eufemismos sólo son utilizados durante breves espacios de tiempo.

Por último, Sánchez hace un breve resumen de la composición de la obra en cinco bloques: en el primero se bosquejan los fundamentos teóricos de la interdicción lingüística en general; en el segundo se caracteriza el discurso político y sus rasgos principales; en el tercero se adentra en el estudio de los usos y los efectos eufemísticos como forma de “doble leguaje”, pensado para manipular a los ciudadanos; en el cuarto se propone una definición y clasificación del eufemismo político español, así como una actualizada taxonomía de la interdicción política desde una dimensión pragmática; en el quinto aglutina un extenso glosario de ejemplos seleccionados, incidiendo en el tabú, los emisores y el tipo de eufemismo; y, por último, arroja conclusiones.

En el primer apartado, “Fundamentos teóricos sobre el eufemismo”, Sánchez aborda “¿Qué es la interdicción lingüística?” señalando que las aproximaciones teóricas a este fenómeno han transcurrido por caminos paralelos y también independientes, al menos de forma relativa. Por un lado, el eufemismo desde la perspectiva extralingüística y, por otro, las definiciones propiamente lingüísticas. Además, durante los últimos años, algunos autores trascienden estos límites de la lingüística tradicional para sumergirse en un modelo pragmático y comunicativo.

Posteriormente, se sumerge en las definiciones que se han planteado hasta la fecha, hasta alcanzar la que Miguel Casas propuso en 1986: “el proceso lingüístico que, a través de unos mecanismos asociativos de orden formal o semántico, logra como resultado una neutralización léxica del vocablo interdicto”. Matiza esta definición atendiendo al contexto que rodea al fenómeno eufemístico, al componente pragmático, a la perspectiva comunicativa y al eufemismo más allá de la “sustitución”, destacando otra definición de Casas, matizada y ampliada posteriormente: “proceso cognitivo de conceptualización de una realidad interdicta que, manifestando discursivamente a través de la actualización de un conjunto de mecanismos lingüísticos de sustitución léxica, alteración fonética, modificación, composición o inversión morfológica, agrupación o combinatoria sintagmática, modulación verbal o paralingüística o descripción textual, permite al hablante, en un cierto “contexto” y en una concreta situación pragmática atenuar o, por el contrario, reforzar comunicativamente un determinado concepto o realidad interdicta”.

Sánchez se detiene en “El eufemismo y sus tipos”, haciendo alusión a una extensa bibliografía y a variadas formas de clasificación de este fenómeno; en una “Aproximación pragmática”, para hacer hincapié en los estudiosos que identifican eufemismo y atenuación; en “El eufemismo y la metáfora”, donde el mecanismo retórico y el fenómeno sobre el que versa esta obra se revelan como uno de los recursos más operativos en el ámbito del discurso político; y en el “El eufemismo como estrategia de cortesía”, con el que termina este primer apartado profundizando en el vínculo entre el eufemismo y la cortesía lingüística (conjunto de estrategias conversacionales que usamos para mantener buenas relaciones dentro de un grupo).

En el segundo apartado, “Eufemismos y lenguaje político”, el autor desarrolla como subapartado “El discurso político. Rasgos generales”. Sánchez se decanta por definir el lenguaje político como “lenguaje especial”, diferencia los usos del lenguaje político dividiéndolos en dos grandes grupos: el discurso político externo y el interno, y describe sus rasgos específicos (la repetición, el pleonasma, el lenguaje autorreferencial, la deshumanización parcial del discurso, el lenguaje connotativo, el “núcleo fuerte” y la “periferia” del lenguaje político, la relación directa entre los grandes temas políticos y la producción del léxico y, por último, la homogeneidad del lenguaje político actual con independencia de la ideología).

En un nuevo subapartado, “Mecanismos lingüísticos de la manipulación”, profundiza en la “oscuridad lingüística”, en las expresiones ampulosas y construcciones difíciles de entender, en las ambigüedades y, en definitiva, en la ininteligibilidad del discurso político. Además, destaca tres estrategias: la simplificación o reducción de elementos, las fórmulas evasivas o el desvío de atención y la exageración de elementos. También reflexiona sobre cómo la prensa reproduce mecanismos de persuasión desplegados por los líderes políticos en sus intervenciones: contenidos implícitos y tergiversación del discurso ajeno.

En el tercer y último subapartado de esta segunda parte, Sánchez habla de las “Estrategias de interdicción en el discurso político”, donde el eufemismo destaca como un recurso frecuente y productivo al servicio de la persuasión. La interdicción en política disfraza lo feo de bonito o neutro, lo fácil de complicado, la vacuidad de palabrería y lo concreto de vaguedades.

La tercera parte de esta obra se centra en “Los usos del eufemismo político”, comenzando por “Interdicción y doble lenguaje”. Ahonda en lo que en el ámbito anglosajón se denomina *doublespeak*, término acuñado por William D. Lutz e inspirado en la novela *1984* de George Orwell, más concretamente en los neologismos *newspeak* y *doublethink*. Para Orwell, el discurso falaz y manipulador está diseñado para fabricar mentiras que suenen como verdades. De nuevo referencia un vasto saber bibliográfico para destacar estrategias como el eufemismo, las jergas, el habla sin sentido o burocrática y el lenguaje inflado. Habla de otros tecnicismos, como el *nukespeak* (“lenguaje como arma nuclear”), que alude a la tendencia de categorizar la

realidad a través de la metáfora y de las diferentes percepciones investigadores sobre cuál es la verdadera intención manipuladora de los eufemismos en política.

En “Eufemismos del lenguaje parlamentario. Diferencias por roles políticos” destaca algunos rasgos como, por ejemplo, que los partidos que ocupan el Gobierno utilizan un lenguaje mucho más eufemístico que los que se encargan de la Oposición. Mientras que unos tratan de rebajar la gravedad de los hechos, minimizando sus responsabilidades, los otros intentan evidenciar (e incluso exagerar) las consecuencias más preocupantes y la implicación de los mandatarios a través de un lenguaje llano y directo. Un dato especialmente curioso al respecto es que el expresidente Rodríguez Zapatero empleó hasta catorce eufemismos diferentes en el mismo debate parlamentario para no pronunciar la palabra “crisis” allá por el 2008. Otro dato significativo lo representa Pablo Iglesias y su partido, Podemos. Iglesias usa un lenguaje crudo y directo para atacar al Partido Popular y, sin embargo, utiliza eufemismos para referirse, por ejemplo, a los problemas internos de su partido.

Para cerrar este tercer apartado, Sánchez aborda los “Eufemismos del discurso ante los medios: ruedas de prensa, entrevistas y debates electorales”, donde destaca la preparación a la que se ven sometidos los líderes de los partidos a la hora de crear textos que soporten sus intervenciones, ya que un error estratégico puede convertir una declaración en una catástrofe. Estos discursos preparados suelen sostenerse en eufemismos, especialmente seleccionados para que el mensaje genere información en medios de comunicación. Las entrevistas normalmente se orientan también hacia la información, y se preparan en lo que el autor denomina “ideas marco” que interesa hacer llegar a la ciudadanía. Destaca, por último, que los políticos no son elegidos y valorados simplemente por su capacidad de gestionar, de llevar algo a cabo, sino que también tienen que ser capaces de convencer con sus dotes de oratoria.

La cuarta parte de la obra se fundamenta en una “Aproximación pragmática al eufemismo político” y hace una “Propuesta de clasificación”. No todos los eufemismos políticos son iguales ni tienen por objetivo los mismos fines, por lo que Sánchez evidencia estrategias y objetivos comunicativos de lo más diversos. A la hora de realizar su clasificación, admite que se trata de una tarea ardua debido a la realidad cambiante de la que hablábamos previamente, por eso recurre a un corpus amplio y variado donde prima la comunicación política externa, dirigida a los ciudadanos a través de los medios de comunicación. Sánchez trasciende las tradicionales taxonomías temáticas y sondea la viabilidad de dos clasificaciones: una basada en el esquema de Casas de 1986, ampliada con la dimensión pragmática; y otra centrada específicamente en esta dimensión, concretamente en la intención comunicativa de los enunciados eufemísticos.

La clasificación según la intención comunicativa del orador, que es en la que posteriormente profundiza a través de subapartados, agrupa estos fenómenos en siete categorías: eufemismo por temor al tabú (evitar nombre tema o palabras marcadas ideológicamente), eufemismo como escudo (mecanismo de defensa), eufemismo como arma (mecanismo de ataque), eufemismo hermético (lenguaje técnico y lenguaje deliberadamente oscuro), eufemismo pasivo, eufemismo cortés y/o políticamente correcto y eufemismo didáctico. A lo largo de toda esta parte, el autor analiza cada uno de los tipos valiéndose de ejemplos y estudiando pormenorizadamente ciertas palabras, conjuntos de palabras y expresiones difundidas expresamente para llegar al ciudadano.

En la quinta y última parte, previa a las conclusiones, Sánchez presenta un exhaustivo glosario, 175 ejemplos que componen el corpus de análisis. Cada uno de los eufemismos va acompañado de una ficha que describe: el tabú (expresión, concepto o nombre propio) que se pretende evitar; el nombre del emisor, su partido y año de documentación; el rol político que desempeña el emisor en ese momento; el tipo de eufemismo; y el tipo de eufemismo según la intención comunicativa.

En las conclusiones de *Eufemismos del discurso político. Las claves lingüísticas del arte del disimulo*, Sánchez resume, primeramente, algunas de las ideas que se han ido gestando al profundizar en el análisis pragmático-discursivo del eufemismo político. El eufemismo es uno de los recursos más ricos, productivos y, sobre todo, frecuentes utilizados para persuadir. Queda claro que no se trata solo de evitar el tabú y remplazarlo por un lenguaje políticamente correcto, sino que la intención de maquillar la realidad o enmascarar determinadas ideas cobra mucha importancia. La clave, según Sánchez, está en entender el eufemismo político como un recurso que tiene por objetivo fines diversos.

Tomando el corpus del autor, y atendiendo a su clasificación, el temor al tabú destaca de forma abrumadora siendo un 48,57 % de los registros, los eufemismos persuasivos constituyen un 27,42 %, los herméticos un 9,14 %, los eufemismos como escudo un 8,14 % y los demás grupos por debajo del 5 % del conjunto. Frente a lo que generalmente se afirma en las definiciones clásicas, sólo el 3,42 % de los ejemplos se vincula a uno cortés o políticamente correcto del lenguaje.

Sánchez destaca varias ideas fundamentales en sus conclusiones. Una de ellas es que el eufemismo no puede considerarse patrimonio de la izquierda ni de la derecha, no hay un lenguaje estrictamente ideológico de signo progresista o conservador, sino diferencias lingüísticas observables explicadas a través de los cambios de roles (Gobierno y Oposición). Curiosamente, los pocos casos en la Oposición que se documentan en el corpus (un 6,8 %) se justifican por legitimar el poder interno dentro de las formaciones de izquierda (PSOE y Podemos).

Otra cuestión fundamental sobre el eufemismo es su potencial para convertirse en objeto de tratamiento informativo. Algunas cadenas de televisión

y diarios, tanto digitales como en papel, desempeñan una labor crucial para que las expresiones eufemísticas tengan una difusión masiva. Además, como la mayor parte de medios de comunicación reprueban el uso eufemístico cuando se trata de un político de ideología distinta o contraria a su línea editorial, han creado una mayor concienciación del ciudadano acerca de los peligros que implica el doble lenguaje político. Al crear un público crítico, el uso crece a la vez que decrece la “esperanza de vida” de estos recursos. Los eufemismos se agotan y hay que recambiarlos.

Finalmente, Sánchez abre una vía de investigación que, dice, retomará en el futuro. Esta línea se basaría en el desarrollo de estas unidades en el plano cronológico, retomando los ejemplos dentro de unos años para proceder al análisis diacrónico de la “trazabilidad del eufemismo” y respondiendo de esta forma a algunas cuestiones que todavía están abiertas.

Como dice el autor, “cada persona percibe y describe la realidad de un modo distinto, particular y único”, los hechos pueden contarse de formas muy diversas, generalmente condicionadas por nuestras creencias, por el mundo que nos rodea o por nuestra ideología o pertenencia política. El discurso es flexible y se adapta a las necesidades y al contexto de la comunicación; el lenguaje se revela como el principal mecanismo de reproducción discursiva de la ideología de las élites; y el ciudadano debe ser consciente de que la manipulación que se lleva a cabo a través del eufemismo es una forma de sometimiento que limita nuestra libertad.

El esfuerzo realizado por Sánchez para llamar nuestra atención sobre la actitud vigilante y crítica que debemos mantener ante el discurso del poder nos acerca un poco más a la *verdad* y nos hace más *libres*.

XOSÉ FERNÁNDEZ BARGE

Doctorando
Universidad de Cádiz
Facultad de Filosofía y Letras
Avda. Dr. Gómez Ulla, s/n
11003 Cádiz

Fecha de Recepción 28/07/2019

Fecha de Publicación 01/12/2019

DOI: <http://dx.doi.org/10.25267/Pragmalinguistica.2019.i27.21>